

DESCUBRIENDO GUATEMALA Y NICARAGUA EL ESPEJO DEL CIELO

NATURALEZA PRÍSTINA HASTA DONDE ALCANCE LA VISTA, VOLCANES ACTIVOS O DORMIDOS CON CIMAS ACCESIBLES, Y UNA CULTURA TAN PAUSADA COMO ENSORDECEDORA. RECORREMOS LA JUNGLA Y LA HISTORIA DE GUATEMALA Y NICARAGUA A GOLPE DE SUELA.

Textos y Fotos: Jorge Jiménez Ríos

68

OCTUBRE 2019

69

Oxígeno

Todavía se hablan 25 idiomas oficiales en Guatemala. Esa cifra debería servir para ofrecer una imagen de la viveza cultural del país centroamericano, un crisol perenne donde la historia se mezcla con la naturaleza, en una simbiosis tan inabarcable que nos harían falta varios viajes para ofrecer un retrato real. Pero como somos algo ambiciosos, y muy, muy curiosos, en vez de detenernos ahí, también cruzamos la frontera hacia Nicaragua, otro palpitante destino donde zambullirse en ese mosaico latino tan cercano y a la vez tan dispar. Una aventura entre volcanes, entre bellísimos pueblos sus-

pendidos en el tiempo, entre sonrisas acogedoras y junglas envolventes. Un doblete que ofrece sensaciones tan viejas como inesperadas. Gracias al Convenio Centroamericano de Libre Movilidad (popularmente conocido como CA-4), es posible moverse sin limitaciones fronterizas entre Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua, una posibilidad que todo viajero debería considerar a tenor de lo complementario que resulta comparar los grandes escenarios que ofrecen, así como esos pequeños matices que diferencian estas vetustas culturas, salpicadas de los ecos mayas y su sabiduría olvidada. Muy de "a huevo" (forma coloquial que viene a traducirse como "es la

leche”) uno debe olvidarse de los mitos que gravitan en los países centroamericanos para dejarse llevar por la alegría de sus calles y montañas, de sus selvas cenicientas y del callado persistir de los volcanes. En Guatemala hay nada menos que 326 cumbres volcánicas, lo que nos da una medida de la inmensidad que es posible recorrer. Bajo el canto de los monos aulladores, acercarse por sus parajes salvajes, por sus océanos de copas donde brotan por todos lados las ruinas mayas, es una inevitable fuente de inspiración, metiéndonos en una especie de esfera donde el exterior sólo puede ser un observador, mientras nosotros nos vemos íntimamente atraídos por una esencia casi mágica, incapaces de desligar las arquitecturas naturales de las humanas. Un buen punto de partida es la Isla de Flores, una de las últimas resistencias para los mayas que se precipitaron a nuevos territorios desde la célebre Chichen Itza. La isla, cuyo nombre real es Nuestra Señora de los Remedios de Itzá, y donde se adora a un emblemático Cristo negro, resuena con las aguas tranquilas del lago Petén lamiendo sus orillas y con el quejoso motorcillo de los tuk-tuk. El lago Petén es el segundo más grande de Guatemala, con 99 kilómetros cuadrados y alcanzando una profundidad de hasta 160 metros. Aunque más allá de las cifras, su relevancia viene dada por haber sido uno de los enclaves migratorios más importantes del país. La agricultura, la madera, el chicle o el aceite han concentrado durante generaciones el interés por este cálido panorama, ahora también objeto de deseo de los turistas, que acuden en manada cada año (unos 150.000 por temporada). Los cocodrilos, los jaguares o los pumas forman parte de su carácter tanto como la lluvia y la historia. Y resulta, además, el campo base perfecto para visitar Tikal, uno de los centros neurálgicos más espectaculares y tentadores de las culturas precolombinas.

TIKAL, EL ESPEJO DEL CIELO

Hubo un tiempo en que una ciudad brotó de la jungla, como un cosmograma, un mapa de los cielos representado en la tierra, hasta donde comerciantes, matemáticos, arquitectos y refugiados llegaban para abastecerse de nuevas esperanzas. Si bien es cierto que todas las ciudades mayas servían como espejo del cielo, Tikal es una cumbre de las ciencias del ser humano; un rastro inmortal de nuestras viejas capacidades, donde hasta 90.000 almas pudieron reunirse antes del comienzo de los calendarios cristianos. Con tantos árboles como estrellas en la galaxia, imaginar cómo en aquellos viejos tiempos despejaron cerca de 16 kilómetros cuadrados y levantaron alrededor de 3.000 estructuras (muchas aún sin excavar) es un explosivo viaje mental. Con templos de 50 metros elevándose sobre el manto verde, no tarda uno en transportarse a una era pretérita, todavía viva gracias a guardianes de la tradición como Gilberto Chayax. Conocido como “el que habla con el fuego”, este sacerdote maya itza nos bendice el presente y el futuro rodeados por aquellas construcciones que parecen tener siempre algo que decir. Para quien quiera escuchar, claro. Tikal se traduce, por cierto, como el lugar de las voces. Pasearse por las largas sendas de Tikal al son de los pájaros carpinteros (este enclave está considerado uno de los mejores del mundo para el birdwatching), o ascender decenas de escaleras para contemplar la jungla desde los templos, es un rotundo testimonio de las raíces de Guatemala. Al igual que la majestuosa Yaxhá, otro antiguo centro ceremonial situado al noreste de Petén, y otra de las visitas obligadas en la región, Tikal responde a todas las búsquedas del viajero. Las fuerzas humanas y naturales contrapuestas, pero en una simbiosis ideal, bañada por el canto de los tucanes y las oropéndolas. No es de extrañar que este fuese el primer sitio que la Unesco consideró patrimonio cultural y natural al mismo tiempo, allá por 1979.



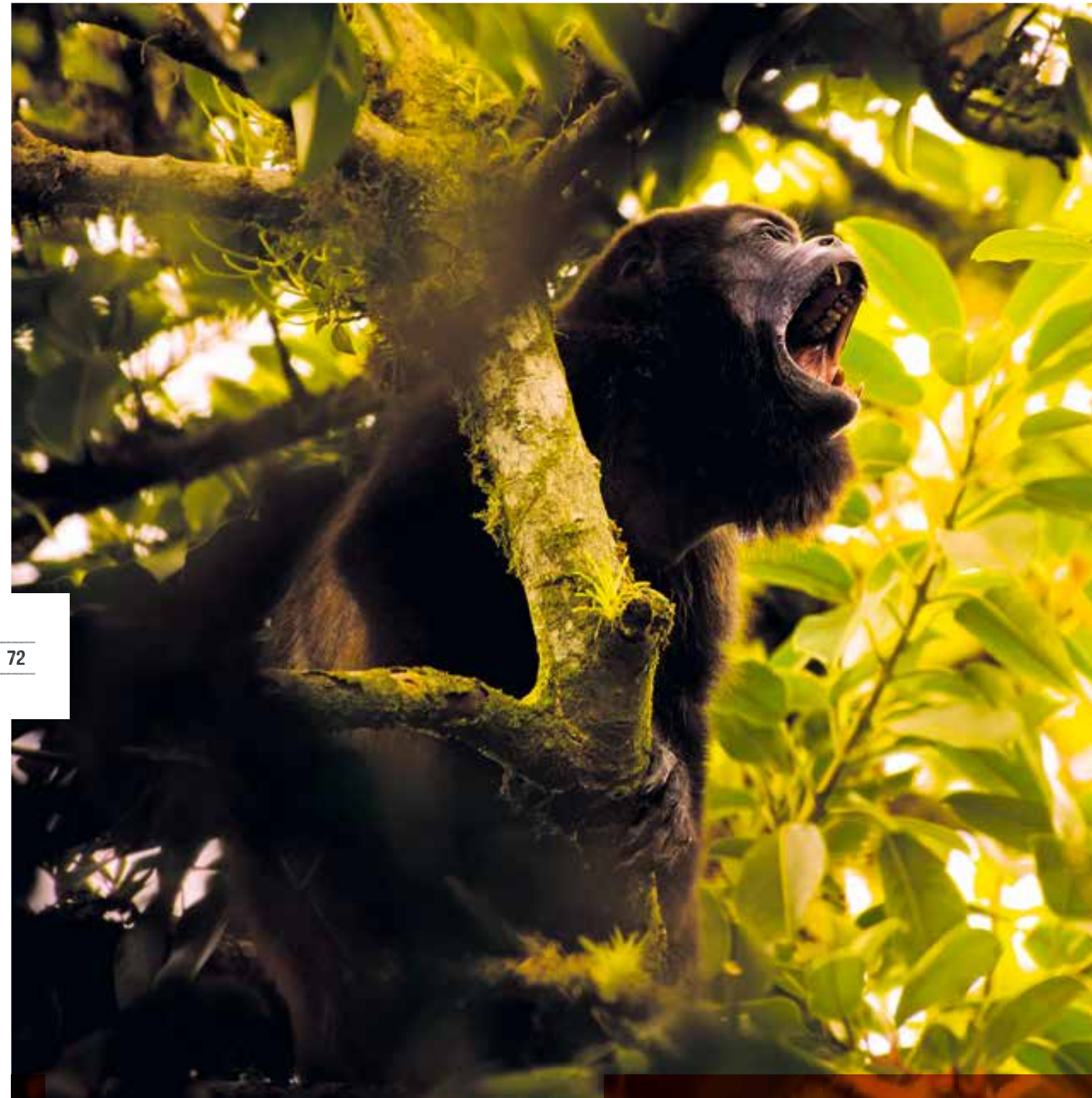
La cosmovisión maya se basa en respetar, proteger y vivir con armonía con todas las fuerzas y seres vivientes. Y tras esta visita les podemos asegurar que uno sale con ganas de convertirse...

LA ANTIGUA GUATEMALA

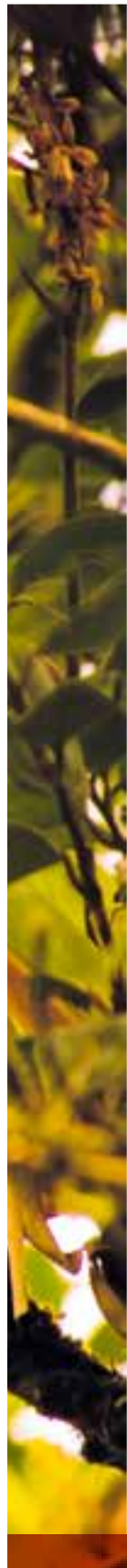
Ecos del barroco, del renacimiento italiano y del colonialismo español se dan cita en otro de los spots insalvables de este tour por el corazón del mundo maya. La antigua capital de Guatemala, uno de los más antiguos ejemplos de planificación urbana de Latinoamérica (fue levantada en 1543), es un hervidero de olores y colores, de criaturas generosas y acogedoras a pesar de ser uno de los epicentros del turismo en el país. Aunque a duras penas sobrevivió al gran terremoto de 1773 (motivo por el que se trasladó la capital), la mayoría de sus monumentos y casonas resisten todavía el paso del tiempo, bajo la atenta mirada de un collar de volcanes, en el que reina orgulloso el Volcán de Agua, una mole de 3.760 metros, durmiente, cuyas laderas hoy son territorio del café y el maíz. En ellas también se levanta el pueblo de Santa María de Jesús, hasta donde llega la carretera, y que es generalmente el punto de partida para las ascensiones hasta su cumbre. La vista del volcán desde cualquier punto de La Antigua es absolutamente regia, y a pesar de todo queda minimizada por el festivo ambiente de la urbe, donde los visitantes se mezclan sin rubor con los habitantes locales, dedicados en gran parte a abastecer de servicios al turista. Los trajes tradicionales visten de tonos pastel cada rincón y cada plaza, y lejos de restar autenticidad, ofrecen un colorido panorama de lo que una vez fue y nunca dejo de ser. Bailes sin complejos entre los soportales, pompas de jabón flotando sobre el adoquinado, y una arquitectura esplendorosa configuran una ciudad vital y exuberante, digna de varias jornadas de indagación. Pero como no somos de quedarnos sobre el asfalto, pronto íbamos a poner rumbo a un nuevo objetivo: la ascensión del volcán Pacaya.

PACAYA Y EL FUEGO

Vivo, muy vivo, este volcán cuya altitud oscila alrededor de los 2.500 metros (depende de la erosión que produzca su última bocanada), el Pacaya presenta una ascensión sencilla, idónea para una sola jornada de actividad, sin tramos técnicos y capaz de ofrecer (si la niebla lo permite) algunas de las mejores vistas de toda Guatemala. Tanto su cráter principal como los secundarios despertaron en los años 90 tras más de un siglo de paciente sueño telúrico. La ruta, que pasa de atravesar frondosa vegetación a caminar sobre lechos de la lava de todos los tiempos, sólo debería llevar un par de horas, para una vez en su cumbre perder todo el tiempo que se quiera contemplando fumarolas, ríos de lava reciente y una panorámica explosiva con los volcanes de Fuego, Agua y el Acatenango como protagonistas. Y al otro lado, extensas llanuras, lagunas y un eterno verde extendiéndose más allá de nuestra capacidad de visión. Ya estemos en Guatemala o en la Antigua, el acceso es sencillo por carretera, llegando a la aldea de San Vicente de Pacaya, y no decepcionará a ningún público. A veces la montaña tiembla y se contonea al ritmo de su colapso interior, y hay que recordar (como en cualquier volcán activo en el que se permita la ascensión), que la caída de piedras y escombros por una erupción repentina son un peligro real. Este es uno de los tres volcanes activos de Guatemala, junto al de Fuego y al Santiaguito. En 2018, el volcán de Fuego entraba en erupción, acabando con la vida de 300 personas. Una tragedia que nos recuerda nuestra pequeñez ante los titanes de la Tierra. Lagos, junglas, una cultura efervescente y vieja como los campos de



GUATEMALA Y NICARAGUA **FORMAN**
UN **DOBLETE** EXPLOSIVO,
VOLCANICO, LAS **FUERZAS** DE LA
NATURALEZA EN SU **MAXIMA** EXPRESIÓN.





lava, conos volcánicos inmensos y una humanidad silenciosa y tranquila templada por el paso de la historia. Imposible no caer rendido a los encantos de Guatemala, muy similares en realidad a los de su vecina Nicaragua, hasta donde dimos el salto para contemplar las bocas de otros dos volcanes, saltar arañas, huir de los mosquitos o jugar al escondite con los monos araña.

EL SALTO A NICARAGUA

Decenas de cadenas volcánicas, que emergen abruptamente entre la selva y los lagos, recorren un país que no en vano se conoce como la “Tierra de Lagos y Volcanes”. Y como ya estábamos dispuestos a terminar de destruir las suelas de las zapatillas (nunca, nunca vayáis con sandalias a pesar del calor), pusimos nuestra curiosidad en dos de sus más icónicas formaciones, el volcán Masaya y el Cerro Negro. Sólo disponíamos de dos jornadas para recorrer la inmensidad de Nicaragua, así que en vez de perder el tiempo con planes frenéticos y logísticas imposibles, la decisión estaba clara. Contemplar sus paisajes desde lo más alto. El volcán Masaya es una de las principales atracciones turísticas del país. Ubicado a tan sólo media hora de la capital nicaragüense, Managua, su última erupción tuvo lugar en 2003, pero se observa sin dificultad la lava burbujear en su cráter principal desde un mirador al que es posible acceder en coche. Protegido como Parque Nacional, su área también incluye el volcán Nindirí y media docena de cráteres como el Santiago, formado en 1852 y epicentro de todas las visitas locales. Es el cráter más activo de todo el parque y la columna de humo que se levanta danza sin complejos con las nubes perennes que reptan en el horizonte. El paisaje diseñado por las erupciones, y sobrevolado por murciélagos y guacamayos, es sobrecogedor cuando cae la noche. La intensa calidez del cráter ilumina las paredes comidas por el tiempo y las explosiones. Se trata del volcán más accesible de Nicaragua y, sin duda, uno de los más espectaculares.

Para quienes sean más amantes de la acción, la segunda de nuestras correrías nos iba a llevar al sublime Cerro Negro. Formado en 1850, el más joven de Centroamérica, su constante actividad impide el crecimiento de vegetación en sus laderas, dejando sobre el manto de la jungla una suerte de pirámide oscura y amenazadora, que se muestra cada vez más amigable a medida que asciendes por el sendero que te lleva a la cumbre. Rocas y arena fina orlan el camino, sin sombras en las que cobijarse del sol, y proponiendo una de las ascensiones más duras de Nicaragua, aunque asequible con paciencia.

Una vez en su punto más alto el panorama es, y lo decimos sin exagerar, uno de los más hermosos ejemplos de naturaleza virgen que hemos podido contemplar. Decenas de cráteres surgiendo entre un océano verde, teñido por los colores ocres de la tierra, la lava y las tormentas lejanas. Es posible pasear alrededor del cráter y ahorrarse la bajada apuntándose a una de las actividades más populares en sus faldas: el descenso sobre tablas hasta la base. Emocionante y sin apenas riesgos, nos saltaremos un par de horas de caminata y dejaremos los trajes teñidos de polvo.

El volcán se levanta altivo y peligroso a 25 kilómetros al oeste de la ciudad de León, una coqueta villa donde vivir el carácter de los nicaragüenses, mezclarse, probar sus carnes incomparables o sentarnos en una plaza para dejarnos llevar por la música en directo que surge de sus pequeños restaurantes de estilo parisino.

En conjunto, Guatemala y Nicaragua forman un doblete explosivo, volcánico, como si la fuerza oculta de los cielos tuviese aquí su cristalización y la marea del tiempo sólo sirviese para que las generaciones comprendan que no hay nada más apabullante que las fuerzas de la naturaleza en su máxima expresión. **Ox**